

## CAPÍTULO XV

DE LAS IMPERFECCIONES ESENCIALES  
DE LA INTELIGENCIA

Nuestra conciencia tiene por forma, no el espacio, sino simplemente el tiempo; por eso el pensamiento no procede como la intuición, según las tres dimensiones, sino según una sola; es decir, siguiendo una línea sin anchura ni profundidad. Este es el origen de la mayor de las imperfecciones esenciales de nuestra inteligencia. En efecto; resulta de ahí que no podemos conocer más que sucesivamente de una sola cosa, de cada vez, y así no tenemos conciencia ni de esa cosa única, sino á condición de olvidar por el momento todas las demás, de las cuales dejamos de tener conciencia, lo que equivale á decir que en aquel instante dejan de existir para nosotros. Bajo este respecto, la inteligencia se asemeja á un telescopio de campo visual muy reducido. Depende esto de que nuestra conciencia no puede detenerse; ha de caminar siempre. Como la inteligencia percibe sucesivamente, para aprehender una cosa necesita dejar escapar la anterior, de la cual conserva sólo vestigios que se van poco á poco borrando. El pensamiento de que más poseídos estamos en un momento determinado, necesariamente debe alejarse de nosotros tras un breve intervalo, y si tras él viene una noche de profundo sueño, puede ocurrir que no volvamos á hallar nunca tal pensamiento, á menos que no se relacione con

nuestro interés personal; es decir, con la voluntad, pues ésta conserva siempre su papel de reina y señora.

Esta misma imperfección de la inteligencia es lo que da á nuestros pensamientos ese carácter *rapsódico*, fragmentario, de que hablaba al final del anterior capítulo y que produce inevitablemente á su vez la dispersión de nuestros pensamientos. Ya son sensaciones venidas de fuera lo que turba é interrumpe nuestras reflexiones, introduciendo á la fuerza y en cualquier momento elementos discordantes con ellas; ya es un pensamiento que por asociación trae otro, por el cual es expulsado; ya es la inteligencia misma la que no es capaz de fijarse mucho tiempo y con perseverancia en un objeto, como el ojo, que cuando mira muy seguidamente una misma cosa, acaba por no ver de una manera distinta, porque los contornos se borran y confunden y el conjunto se oscurece. De la misma manera, cuando se medita demasiado tiempo sobre un mismo objeto, la reflexión va haciéndose gradualmente más confusa, más indistinta, y acaba por embotarse completamente. Así, al cabo de algún tiempo, cuya duración varía según los individuos, por grave é importante que sea para nosotros el objeto de una larga meditación ó de una deliberación no terminada, tenemos que suspenderla provisionalmente, aun en el caso afortunado de que nada haya venido á interrumpirnos, y es fuerza que expulsemos de nuestra conciencia ese objeto que tanto nos interesa para ocuparnos en cosas insignificantes ó indiferentes, á pesar de los cuidados que la cuestión importante nos inspira. Durante este tiempo, dicha cuestión deja de existir para nosotros, queda en estado latente, como el calórico en el agua fría. Cuando volvemos á ella más tarde, se nos

presenta como algo nuevo y tenemos necesidad de volver á orientarnos, si bien lo conseguimos mucho más rápidamente y la atracción ó repulsión que ejercía sobre nuestra voluntad se manifiesta de nuevo. Pero en el intervalo nosotros no hemos permanecido invariables del todo, pues con la mezcla física de los humores y la tensión de los nervios que cambian perpetuamente según la hora, según el día, según la estación, cambia también la disposición de nuestro humor y de nuestras opiniones; además, las representaciones de otra especie que hemos tenido durante el intervalo dejan en nosotros vibraciones cuya nota repercute sobre las representaciones actuales. Así, una misma cosa nos parece diferente en distintos momentos; varía según la consideremos por la mañana, al medio día, por la noche ó al día siguiente; opiniones contradictorias que nacen en nosotros vienen á aumentar nuestras dudas. Por eso se ha dicho que la almohada es buena consejera y se recomienda reflexionar mucho antes de tomar una resolución grave.

Si esta conclusión de nuestra inteligencia, resultado de su debilidad, tiene evidentes desventajas, tiene, por otra parte, algo bueno, y es que después de habernos distraído y haber cambiado de humor en lo físico, nos volvemos otros, nos encontramos frescos y como nuevos ante el negocio que nos ocupa, y podemos de esta manera examinarla bajo muchos aspectos diferentes.

Se ve, por lo dicho, que la conciencia y el pensamiento humanos son forzosamente fragmentarios y que el resultado teórico ó práctico que obtenemos de la yuxtaposición de estos fragmentos deberá de ser las más veces defectuoso. Además, nuestra conciencia pensante es como una linterna mágica, en la cual no

puede aparecer cada vez más que una sola imagen y en que cada imagen, por noble que sea, debe desvanecerse rápidamente y ceder el puesto á otra aunque sea la más heterogénea ó la más vulgar.

En los negocios prácticos se proyectan primeramente de un modo general el plan y las decisiones más importantes; tras éstas se colocan otras que deben servir de medios para llegar al fin; á éstas se subordinan á su vez otras, y así sucesivamente, hasta los últimos detalles concretos de lo que se ha de ejecutar. Pero en la ejecución, no es la importancia lo que determina el orden; mientras nos ocupamos en el plan general, nos vemos obligados á luchar al mismo tiempo con los más ínfimos detalles y con los cuidados del momento, lo cual hace nuestra conciencia todavía más inestable. En general, las ocupaciones teóricas del espíritu nos hacen ineptos para los negocios prácticos, y viceversa.

Como consecuencia de esta condición de dispersión y de fraccionamiento del pensamiento y de la mezcla que de ahí se sigue de las representaciones más heterogéneas, condición inherente hasta á la más elevada inteligencia humana, resulta que no tenemos, á la verdad, más que un *semiconocimiento* con el cual marchamos á tientas por el laberinto de la vida y entre las tinieblas de nuestras investigaciones. Algunos instantes lúcidos, parecidos á relámpagos, iluminan durante breve tiempo nuestro camino. Pero ¿qué puede, en general, esperarse de las cabezas humanas, cuando aun las mejor organizadas de ellas son teatro, cada noche, de los ensueños más extravagantes y absurdos, al salir de los cuales, hay que reanudar el curso interrumpido de las meditaciones anteriores? Es evidente que un conocimiento sujeto á restricciones

tan considerables, es poco á propósito para penetrar el enigma del mundo, y esta pretensión parecería insensata y digna de conmiseración á seres de especie superior cuya inteligencia no se hallara sometida á la forma del tiempo, y cuyo pensamiento tuviese, por lo tanto, integridad y unidad reales. Y aun debemos maravillarnos de que esa mezcla heterogénea de fragmentos de representaciones y de pensamientos que se cruzan sin cesar en nuestra cabeza no nos desconcierte del todo y de que hallemos medio de entendernos en medio de esa confusión y de sacar de ella la armonía. Es indudable que debe de haber un hilo único en el cual se va engarzando todo, pero ¿cuál es ese hilo? La memoria por sí sola no basta, puesto que tiene limitaciones esenciales de que hablaremos en breve, y además es imperfecta é infiel. El *yo lógico* y la *unidad sintética trascendental de la apercepción* son expresiones que no aclaran ciertamente el asunto. La aserción de Kant de que «el *Yo pienso* debe acompañar todas nuestras representaciones», es insuficiente, pues el yo es una cantidad desconocida, otro misterio. Ese algo que da á la conciencia su unidad y encadenamiento, porque continuándose al través de todas las representaciones conscientes las sirve de apoyo y de sostén constante, no puede ser á su vez condicionado por la conciencia, ni ser, por lo tanto, una representación. Debe de haber precedido á la conciencia; debe de ser la raíz del árbol cuyo fruto es la conciencia. Es la voluntad. Sólo ella es inmutable y absolutamente idéntica, y ella es quien ha producido para sus necesidades la conciencia. Ella es también quien le da su unidad, quien mantiene la armonía entre las representaciones y los pensamientos, como un tono general que la acompañe sin interrupción. Sin ella la inteli-

gencia no tendría mayor unidad de conciencia que un espejo en el cual viene á reflejarse ya un objeto, ya otro, ó todo lo más sería su unidad la de un espejo convexo, cuyos rayos convergen en un punto imaginario situado detrás de su superficie.

La voluntad es lo persistente é invariable en la conciencia. Ella es quien retiene y relaciona, como medios para sus fines, los pensamientos y representaciones; quien los colora con el matiz de su carácter, de su disposición é intereses, quien guía la atención y tiene en sus manos el hilo de los motivos, cuya influencia pone en movimiento la memoria y la asociación de ideas; de ella se trata en el fondo siempre que se enuncia el *yo* en una proposición. Ella es, pues, el verdadero y último principio de unidad de la conciencia, el lazo de todos sus actos y de todas sus funciones; mas ella en sí no pertenece á la inteligencia; es su raíz, su origen, su principio directivo.

Como la serie de las representaciones no tiene más que la forma del tiempo y una dimensión única, por lo cual la inteligencia para percibir una cosa necesita abandonar las demás; nace de ahí, sobre la diseminación, el olvido. La mayor parte de lo que deja escapar la inteligencia no vuelve jamás á recobrarlo, tanto más cuanto que este recobro está ligado al principio de razón, y, por consiguiente, necesita de una ocasión determinada por motivos ó por la asociación de pensamientos. Sin embargo, puede esta ocasión ser tanto más lejana é insignificante, cuanto más nos interese el asunto.

Como he manifestado en mi disertación acerca del principio de razón, la memoria no es un almacén, sino sencillamente la facultad adquirida con el ejercicio de reproducir las representaciones cuando es menester,

y esas representaciones, para que no se pierdan con el tiempo, han de ser mantenidas en ejercicio por una repetición frecuente de las mismas. Luego el saber, aun en el cerebro mejor organizado, no existe más que en potencia, *virtualiter*, como una facilidad adquirida de reproducir ciertas representaciones; pero *actualiter* está limitado á una representación única, y no puede, en un momento dado, tener conciencia más que de ella sola. Resulta de ahí un singular contraste entre lo que se sabe en potencia y lo que se sabe en acto, es decir, entre el saber general y lo que se piensa en cada momento. Lo uno es una masa inmensa y caótica, lo otro un pensamiento único y claro. Hay la misma relación que entre las innumerables estrellas del firmamento y el campo limitado de un telescopio. El contraste resalta particularmente cuando un sabio quiere en alguna ocasión traer con claridad á su conciencia cualquier detalle que forma parte de su saber; se ve entonces cuánto tiempo y trabajo cuesta extraer de aquel caos el pormenor de que se trata. Para este trabajo la rapidez es un don especial, pero depende en gran parte de la disposición momentánea; así ocurre que la memoria falta en ocasiones, aun tratándose de aquellas materias que de ordinario tiene á su disposición. Esta consideración debe inclinarnos, en nuestros estudios, á procurar una comprensión exacta antes que el aumento de nuestra erudición, penetrándonos de que la calidad del saber importa mucho más que su cantidad. Esta sirve para dar gran extensión á los volúmenes, aquélla da á los trabajos intelectuales profundidad y al mismo tiempo estilo, pues es grandeza *intensiva*, mientras la otra es puramente *extensiva*. La calidad del saber consiste en la precisión y en la perfección de las nociones unidas á la claridad

y exactitud de los conocimientos intuitivos que las sirven de base: el saber se impregna, por decirlo así, de la calidad hasta en sus menores partes, y según su calidad es fructuoso ó estéril. Poca cantidad cuando la calidad es buena, vale más que gran cantidad cuando la calidad es mala.

El conocimiento más perfecto y más satisfactorio es el de la intuición, pero está limitado á lo particular, á lo individual. Para abrazar cosas múltiples y diferentes en una sola representación es menester el concepto, es decir, hay que suprimir las diferencias, lo cual hace que las representaciones de especie sean muy imperfectas. Verdad es que lo individual puede ser concebido directamente como general cuando lo elevamos al estado de *Idea* (platónica); pero en este trabajo, que he analizado en el tercer libro, la inteligencia traspasa ya los límites de la individualidad y del tiempo. Es, pues, una excepción.

Estas imperfecciones esenciales é interiores de la inteligencia están aumentadas por una perturbación inevitable que viene, en cierto modo, de fuera. Me refiero á la influencia que ejerce sobre todas las operaciones intelectuales la voluntad, por poco que esté interesada en su resultado. Cualquier pasión, hasta una mera inclinación ó aversión, tiñe con su color los objetos del conocimiento. Y sobre todo esto, vemos á cada instante que el deseo y la esperanza vienen á falsear el conocimiento, haciendo brillar ante nuestros ojos como probable y casi cierto lo que apenas es posible, y tornándonos casi incapaces de apreciar los obstáculos. Análogos resultados produce el temor, y lo mismo toda opinión preconcebida, todo interés, toda emoción, toda inclinación de la voluntad.

A estos defectos de la inteligencia viene á unirse, en fin, el de envejecer con el cerebro. Es decir, que como todas las funciones fisiológicas, pierde la inteligencia su energía con la edad, lo cual aumenta mucho todas sus demás imperfecciones.

No nos sorprenderá que sea tan defectuosa la naturaleza de la inteligencia, si nos fijamos en el origen y destino de ésta, tales como los expuse en el segundo libro de la presente obra. La naturaleza ha creado á la inteligencia para el servicio de una voluntad individual; por consiguiente, está destinada á conocer los objetos tan sólo en cuanto suministran motivos á esa voluntad, y no á profundizar en dichos objetos ni á descubrir su esencia íntima. La inteligencia humana no es más que un grado más alto de la inteligencia de los animales, y así como ésta se halla limitada por completo á lo presente, la nuestra conserva señales bien precisas de esa limitación. He aquí por qué nuestra memoria es tan imperfecta; ¡que mínima parte de todo cuanto hemos hecho, cuanto hemos visto, cuanto hemos aprendido ó leído, podemos recordar! y aun ese poco, ¡con cuánto trabajo y cuántas lagunas! Por la misma razón nos es tan difícil sustraernos á las impresiones del momento.

La inconsciencia es el estado natural y primitivo de todos los seres, y ella es también, por consiguiente, la raíz de donde se eleva en algunas especies de seres, como óptimo florecimiento la conciencia, que no puede renegar jamás de su origen. La mayor parte de los seres son inconscientes y obran según las leyes de su naturaleza, ó sea de su voluntad. Las plantas poseen á lo sumo algo que ofrece una remota analogía con la conciencia; los animales inferiores tienen como un destello de la misma. Más todavía: cuando nos ele-

vamos gradualmente por toda la escala animal hasta el hombre dotado de razón, la inconsciencia de la planta, de donde puede decirse que parte esa razón sigue siendo la base. Lo demuestra la necesidad del sueño, así como las considerables imperfecciones esenciales que acabamos de señalar, y que son inherentes á toda inteligencia producida por funciones fisiológicas; y no conocemos otra clase de inteligencias.

En algunos, casos á esas imperfecciones esenciales de la inteligencia se añaden otras no menos esenciales. La inteligencia no es jamás, *bajo todos los respectos*, lo que le sería posible ser; las perfecciones que le es dable alcanzar se contradicen hasta el punto de excluirse las unas á las otras. No se puede ser á la vez Platón y Aristóteles, Shakespeare y Newton, Goethe y Kant. Por el contrario las imperfecciones se acomodan perfectamente entre sí; de ahí que la inteligencia quede generalmente muy por debajo de donde podía llegar. Sus funciones dependen de multitud de condiciones, y como estas condiciones no se nos ofrecen más que en su manifestación, no podemos explicárnoslas más que por causas anatómicas ó fisiológicas; por esto una inteligencia que sobresale de un modo señalado, aunque sea en una sola dirección, es uno de los más raros fenómenos de la Naturaleza. De ahí viene que las producciones de estas inteligencias se conserven durante millares de años, y que todo cuanto ha pertenecido á uno de estos seres privilegiados se conserve como preciosa reliquia. Entre una inteligencia de esta altura y otra cercana á la imbecilidad, hay innumerables grados. A estos grados corresponde, en cada individuo, un horizonte intelectual diferente, desde aquel que no abarca más que lo presente, facultad que también posee el animal, hasta aquellos que perciben